

La persistencia de la memoria

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

En el patio central de una prisión blanca y fría como un museo de criminales, un hombre recorre siempre el mismo camino, con la cabeza baja, inmerso en sus cavilaciones. ¿Cavilaciones o recuerdos? Trece años atrás, cuando el hoy casi octogenario Anton Radovich fue privado de su libertad por la orden de un inclemente juez y un escandalizado jurado, las memorias de los hechos aún se marcaban frescas en sus sueños. Hoy, una vaporosa neblina veda los acontecimientos que lo llevaron a encontrarse transitando el mismo camino gastado dentro del rectángulo de concreto.

El fatigado anciano sabe que sus pies no recorren el perímetro por voluntad propia, como la mayoría de los privados de libertad piensan en su ignorancia. “Memoria-procedimental, memoria-procedimental,” murmura a cada paso el otrora miembro del equipo de investigadores del MIT encargados del desarrollo de una cura para el mal de Alzheimer. “Un proceso es difícil de recordar cuando es totalmente ajeno a la experiencia de un sujeto...Pero después de un número determinado de repeticiones, la información de los pasos se almacena en la memoria procedimental, lo cual habilita al sujeto para ejecutar el proceso determinado con un índice cada vez menor de error y ansiedad hasta que, por fin, el sujeto es capaz de ejecutar el proceso en forma prácticamente automática, casi sin conciencia de los pasos”. El señor Radovich acababa de recorrer la mitad de la distancia usual cuando la memoria del juez dictando sentencia le provocó un espasmo momentáneo y lo forzó a detenerse buscando apoyo en el muro. “La memoria procedimental se explica por las conexiones de las dentritas que se asocian a la información.”

El desafortunado investigador se cuestionó un momento por qué, a pesar de que recordaba tan bien las definiciones, apenas podía reconstruir la cadena de eventos que culminaron con su encierro. Por supuesto, la respuesta viajó a través de los saltos sinápticos de sus neuronas y se convirtió en información operativa en poco más de un milisegundo. “Memoria semántica, memoriase-mántica,” murmuró al reanudar su perenne caminata. “La información que se ha almacenado en la memoria semántica es fácilmente recuperable gracias a la habilidad del sujeto para manipular el lenguaje. Las observaciones indican que las personas que sufren de algún impedimento lingüístico normalmente manifiestan mayores dificultades para memorizar definiciones o conceptos abstractos.”

“¡Tuvimos éxito, Anton! Los ratones pudieron recorrer el laberinto absolutamente sin problema después de que les administramos el compuesto.”

La sonrisa de Frank brilló con suma lucidez en su recuerdo, tanta, que el anciano se detuvo y, al mirar alrededor, se percató de que se encontraba en el punto inicial de su caminata.

“Frank, Frank...” ¿Cuál era el apellido de Frank, por Dios? Tanto tiempo que habían trabajado juntos y no podía recordar el apellido de su amigo y co-investigador. “Frank, Frank...¿Sinatra?” ¡Por todos los cielos! ¿Era ese el único apellido que podía asociar con el nombre “Frank”? El señor Radovich automáticamente bajó la cabeza, frunció el ceño y se llevó la mano a los ojos en el gesto humano universal que enuncia esfuerzo mental y el deseo de recordar. “¡Frank...Frank...Frank—enstein!”

Con un suspiro, el casi octogenario caminante se dio por vencido. Su cerebro simplemente se negaba a recordar esa información específicamente. Sin embargo, el sonido que producían sus zapatillas al arrastrarse sobre el asfalto trajo a su mente el juego que, a sus seis años, compartía con algunos amigos durante la Gran Depresión de los 30. El pequeño Anton y tres niños más formaban una hilera y, coordinando sus movimientos, arrastraban los pies simulando ser un tren. Así recorrían la cuadra una, dos, hasta tres veces. Por supuesto, la Gran Depresión era un repiqueteo de campana distante en su cerebro. Sólo recordaba su juego con los tres niños. ¡Vaya tiempos! Sonidos y olores asociados con la infancia se sucedían dentro de la cabeza del anciano que, automáticamente, apuró el paso.

El investigador sorprendió su brazo derecho girando mecánicamente con el puño cerrado, como cuando jugaba de niño a ser una locomotora. Un tanto ruborizado por lo infantil que pudo haberse visto, detuvo su extremidad rebelde al mismo tiempo que el recuerdo de una disertación que había escuchado en un congreso tal vez veinticinco años atrás poseyó su mente. “La memoria se activa por imágenes sensoriales que desencadenan procesos bioquímicos. Si los recuerdos evocan situaciones placenteras, se liberan endorfinas en el torrente sanguíneo que producen una sensación de bienestar en el sujeto.... Se cree que las endorfinas, al ser opiáceos naturales, podrían generar adicción.” ¡Adicción a los recuerdos!

Una vez más, el rostro de Frank apareció dentro de su cabeza. Esta vez, una mueca de furia desdibujaba la comisura de sus labios. “¿Me estás negando la posibilidad de que mi propia madre me recuerde, Anton? ¡Anton, mírame!” El anciano tembló con vergüenza. “¡He trabajado en este proyecto con todo lo que tengo para recuperar a mi madre y ahora que sabemos que el nano-clúster funciona, me dices que es peligroso?”

El señor Radovich sintió su pecho estrujándose al recordar el sonido de su propia voz mientras trataba de aplacar a Frank. “Estamos usando más del 20% de radionuclídeos para eliminar las placas de aminoácidos en el cerebro, Frank. ¡Más del 20%! Si los nanites fallan a la hora de liberar los átomos radiactivos, el cerebro se freirá. No es prudente movernos a la fase tres todavía. Los nanites...”

“¡Los nanites! ¡Los nanites funcionan perfectamente; no me vengas con esas tonterías ahora! ¿Qué diablos sabes tú sobre nanites? ¡Yo soy quién los diseñó! ¡He trabajado en ese campo por más de diez años! En el proceso de remoción de oclusión vascular, los nanites no fallaron en absoluto. En el último experimento con las placas cerebrales, el margen de error fue 0,0032%...¡Anton, no me hagas esto!”

El señor Radovich sabía que los nanites funcionaban sin problema. Había visto en repetidas oportunidades a los robots microscópicos ejecutando sus tareas con impecable precisión. Aún así, un inexplicable desasosiego lo invadió cuando Frank solicitó experimentar la potencial cura para el mal de Alzheimer en sujetos humanos. La piel del anciano reaccionó ante el recuerdo de su amigo que, de rodillas, estrechaba sus manos en una súplica inaudible. ¿O acaso era un arrebatado de agradecimiento?

Un investigador que se aferra a su teoría con fe ciega no se distingue para nada de un fundamentalista religioso. El viejo hombre de ciencia recordó con lucidez el caso del Arqueoraptor y todos los dolores de cabeza que le ocasionó a *National Geographic*. La memoria del amalgamamiento de un fósil falso a partir de restos diferentes lo hizo sonreír. ¡Hasta la prestigiosa revista había sufrido las consecuencias de un grupo de científicos emocionados!

¿Por qué su cerebro le había negado el acceso a esa enseñanza tan básica aquel día que apenas recordaba? Como en una película, contempló a Frank, sonriente, tragando una cápsula del compuesto experimental. Interesantemente, también podía escuchar dentro de su cabeza el zumbido de los instrumentos que medían la actividad cerebral de su amigo dos días después. “¡Anton, no sólo estoy bien, sino que mi memoria es prodigiosa! ¿A que no recuerdas cuáles equipos de Nueva York ganaron cada juego de la Serie Mundial de 1949 a 1956? ¡Yo sí! ¡Es más, te puedo relatar los detalles de la victoria de los Yankees en 1939!”

Los exámenes no mostraban ningún indicio de peligro. No había signos de efectos secundarios. Frank era un hombre perfectamente sano y su memoria era extraordinaria, como lo demostraba su capacidad para recitar “The Love Song of J. Alfred Prufrock”, poema que había estudiado en secundaria hacía más de tres décadas. “I have heard the mermaids singing, each to each...” decía Frank en el momento fatídico en que sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus pupilas se dilataron en un gesto de terror indescriptible. Un grito desgarrador se ahogó en la garganta de su amigo y, sin más, el hombre murió. El científico nunca supo por qué, en ese momento de horror, su mente siempre le mostraba una viñeta de una revista de historietas. En el cuadro, el *Ghost Rider* levantaba por el cuello a un rufián. Sobre el cráneo en llamas del vengador fantasma se apreciaba un globo de diálogo que decía “¡Ahora, mira dentro de mis ojos!” Era la Mirada de Castigo del *Ghost Rider*. El criminal moriría cuando todo el dolor que había infligido a los demás se voviera en su contra mientras miraba dentro de las vacías cavidades oculares del infernal héroe. Por alguna razón

desconocida, el atribulado anciano jamás logró sacudir esa estúpida viñeta de su memoria.

Al caminar, el señor Radovich recordaba el laboratorio convertido en una especie de panal dominado por el desconcierto. En similar desorden, los demás recuerdos se agolparon en su cabeza: una demanda de la familia del finado, el proceso penal, entrevistas molestas y angustiantes, su encierro y sus repetidas caminatas en el perímetro del patio central.

La causa oficial del deceso se estimó como “envenenamiento con material radiactivo”. Se hipotetizó que los nanites habían fallado y un torrente de átomos había quemado el tejido cerebral de Frank. No obstante, aunque el anciano sabía que los nanites habían ejecutado su labor a la perfección, no tenía ni idea de qué había salido mal. Su amigo parecía encontrarse en perfectas condiciones. La única diferencia observada era una creciente capacidad para evocar el pasado, la cura anhelada para el mal de Alzheimer.

La mente del ex-investigador divagaba y lo había llevado de vuelta al congreso sobre la memoria. De repente, el científico lo comprendió todo. “Si los recuerdos evocan situaciones placenteras, se liberan endorfinas en el torrente sanguíneo que producen una sensación de bienestar en el sujeto. Si, por otra parte, las memorias corresponden a eventos desagradables o traumáticos, el organismo libera adrenalina en la sangre, lo cual desencadena reacciones como hiperventilación, aumento del ritmo cardíaco y signos asociados con el estrés. El cerebro, como mecanismo de defensa, limita las conexiones neuronales asociadas a esos recuerdos, de tal modo que dichas experiencias se modifican en la memoria o se olvidan para garantizar la integridad del organismo”. ¡Frank había muerto víctima de la Mirada de Castigo del *Ghost Rider*!

“Bueno, niñitos, ¡Todos adentro!” tronó la voz del guardia. “El primero en llegar a su celda gana un muñequito!” Los privados de libertad avanzaron sin prisa, siguiendo un ritual interminable. Se movían sin expresión alguna, guiados por sus pies. Memoria procedimental.

De último venía el señor Anton Radovich, una vez más cubriendo sus ojos y con su cabeza baja en vano esfuerzo por recordar la primera letra del apellido de su amigo Frank. La única diferencia entre él y un autómatas que avanza sin conciencia del acto era una triste sensación. El señor Radovich se sentía un *Ghost Rider* decrepito que arrastraba los pies.

Dos cuentos cortos-cortos sin moraleja y dos poemas de sentimientos encontrados

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

La muñeca olvidada

En aquel ático silencioso y frío de una casa londinense, dentro de un baúl tan pesado como antiguo, se encontraba encerrada una muñequita. Era una muñequita sencilla, toda hecha de trapo, con dos ojos de lentejuelas y una linda sonrisa cosida con hilo de lana carmesí ya desteñido. Su vestido, lleno de vuelos caprichosos, le cubría todo el cuerpo.

Un día, una niña llegó a jugar al ático y, por curiosidad, abrió el empolvado baúl. Sus ojos recorrieron con avidez el contenido de éste: fotografías color sepia de una joven pareja, libros que ostentaban un chaleco de polvo y recortes de periódico quebradizos y amarillentos. También había algunos objetos imposibles de identificar, que a la niña se le antojaron como reliquias misteriosas para abrir las puertas secretas de templos escondidos en las entrañas de la selva.

De repente, los ojos de la chiquilla, gráciles como dos gorriones, terminaron por posarse en la pequeña muñeca de trapo. La niña tomó entre sus manitas el nuevo objeto de su interés y lo examinó sin prisa. Con un dedito extendido, alisó delicadamente los vuelos del vestido de la muñequita y, de un salto, decidió que ésta no debía estar encerrada en ese baúl olvidado; que su lugar se encontraba en la repisa de su cuarto, junto con las otras muñecas, aquellas que van ataviadas a la última moda y lucen piernas largas de plástico y sonrisas fabricadas en serie.

La muñequita de trapo comparte un lugar hoy allí, entre las otras. La niña no sabe por qué la puso en la repisa, ni entiende por qué se ve tan bien en ese lugar, luciendo su caprichoso vestidito y rodeada por las idealizaciones plásticas de cuerpos de mujeres jóvenes.

Las otras muñecas, vestidas como princesas, doctoras y hadas, se consumen lentamente en una piara que arde con celos y envidia. Ellas sí saben la verdad: entre ellas está la muñequita que, hace mucho tiempo, perteneció a una reina.

Historia de una flor

En un jardín, de repente, un día apareció una flor. Su belleza radiaba y se alegraban con ella los corazones de quienes la veían.

Por desgracia, la naturaleza humana es egoísta y, un día, a alguien se le ocurrió que esa flor se vería mejor en un florero, para que engalanara la mesa preparada para invitados distinguidos que vendrían a discutir sobre números, propuestas políticas y el destino de un país. Así pues, la flor fue secuestrada del jardín y colocada en el florero, como un elegante centro de mesa.

No obstante, durante la cena, nadie reparó en ella, ya que los importantes invitados estaban demasiado ocupados discutiendo asuntos igualmente importantes como para apreciar, o siquiera entender, la sutil belleza de la flor.

Con el pasar de unos días, la flor, ya mustia sobre la mesa, dejó de existir.
Hoy el jardín, gris, llora.

La tormenta

Pesados nubarrones se amontonan sobre el sol
Y la tierra se oscurece al faltar la luz.
Los cielos rugen como leones
Mientras dejan caer gruesas balas de cristal.
Una garra luminosa rasga el cielo
Con sus dedos dislocados,
En perfecta sincronía con el estruendo
Del cañón en lo alto.

La delicada rosa allá abajo
Recibe las más ingratas bofetadas
Del viento que, rencoroso y cruel,
Se arremolina y arrebata las hojas a los árboles.

El agua corre desenfundada entre aullidos eólicos;
No queda nada seco aquí.
Abajo todo es ametrallado
Por un sinnúmero de gotas asesinas que,
Cual bombas diminutas,
Explotan y levantan coronas efímeras.

Una niña descalza huye asustada
Por los potentes bramidos del trueno;
Las gotas sanguinarias la golpean
Y el relámpago se burla de su carrera.

La vida es una linda pradera
En la que, ocasionalmente,
Se desata una tormenta.

Y cuando todo ha pasado,
Cuando el sol regresa del destierro
y el viento usurpador es apresado,

Cuando enmudece el retumbar del trueno
y se apaga el fulgor del rayo,
Allá abajo,
La frágil rosa que llora lágrimas de rocío
ha vencido al viento asesino
Y su perfume lo proclama en la pradera.

Los pastos negros

Todo me ha sido negado;
Mis sueños son vidrio roto
Entre la chamuscada hierba de
 Mis más profundos anhelos.
Lleno mi palma con las cenizas humeantes
Que el viento arrebatara sin piedad.

Todo me ha sido negado;
Estoy llorando; llevo mi mano
A unos ojos que vierten lágrimas
Tibias y amargas como el pasto negro
Y el hollín mancha mi cara.

Éste no es el reino del Fénix;
Éstos son los pastos negros,
El vacío donde la hierba nace para ser quemada,
La infinita habitación que engalanan
Las cortinas de humo y la alfombra de ceniza.
Nadie es pobre aquí,
Pero el rico amontona ennegrecidos residuos
Como diamantes.
No falta aquél que, con desesperación
 De dedos huesudos, se aferra en patético desplante
Al tronco inútil de su ego calcinado.
Fuego descendente consumió las piedras
De un altar de doctrinas infalibles.
 La oración del profeta contestada.

Éste no es el imperio de lo verde;
Éstos son los pastos negros,
El lugar donde por siempre crepita la hojarasca,
La absoluta negación de las aspiraciones
 Que arden cual carbón al contacto con el Fuego.

¡Todo me ha sido negado!
 Se alza el coro, el gemido.
Todo me ha sido negado.
Éstos son los pastos negros...

¡Negado! *Quien quiera...*
Crepitación, humo, hollín.
¡Los pastos negros!
Niéguese a sí mismo...

Éstos son los pastos negros,
El vacío donde la hierba nace para ser quemada,
El lugar donde por siempre crepita la hojarasca.